



SOMBRAS EN LA CAVERNA

JAVIER SARTI

javiersarti@yahoo.es

MADRID 1616



:: MATÍAS NIETO

Alonso Fernández de Avellaneda es el (falso) nombre con el que apareció firmada una (falsa) segunda parte del Quijote, con un (falso) pie de imprenta que indicaba el (falso) taller de la (falsa) ciudad en que se había impreso este (auténtico) engendro.

La obra, por sí misma, aunque escrita en un estilo correcto, no merecería la menor consideración en tanto que carece de todas las virtudes narrativas y literarias del original en el que se había inspirado y, además, distorsiona de forma insultante la naturaleza de los personajes cervantinos: convierte a don Quijote en un ridículo enajenado y, a Sancho, en un burdo y procaz payaso, desprovisto de cualquier gracia.

Por otra parte, en el prólogo que la precedía (escrito, indudablemente, por un autor diferente, en el que muchos creen ver a un vengativo Lope de Vega), arremete de forma miserable y despiadada contra Cervantes: le invita a mostrar mayor modestia, se burla de su avanzada edad, dice de él que tiene «más lengua que manos» (por su condición de manco) y concluye con la siguiente advertencia: «Conténtese con su Galatea y comedias en prosa, que eso son las más de sus Novelas: no nos canse.»

Sin embargo, este libro, con todas sus limitaciones, ha pasado a la historia. Y lo ha hecho gracias, precisamente, a quien más interés podría tener en que fuera olvidado: el propio Cervantes.

Siempre se ha dado por supuesto que, cuando éste tenía ya avanzada la auténtica segunda parte de las andanzas del hidalgo manchego, se enteró de que estaba en circulación la versión apócrifa referida. Y que al conocer sus características, el insultante prólogo y la deformación brutal de sus personajes, alteró el plan de su obra: en el capítulo 59 hace que el propio don Quijote descubra que existe esta falsa continuación de su historia y desmienta personalmente todo lo que en ella se cuenta. Incluso hace aparecer a uno de los personajes de Avellaneda para que declare la total ilegitimidad de aquel libro. Finalmente, condena esa obra a los infiernos, donde los diablos la patean, y uno de ellos dice que es tan mala «que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerla peor, no acertara».

Por todo ello se piensa que la obra apócrifa habría sido olvidada de no ser por esta importancia que le dio Cervantes, lo que ha hecho que muchos eruditos acudan a ella manteniéndola viva.

Sin embargo, también resulta factible la

idea de que sin el estímulo que le supuso esta falsa continuación de las aventuras de sus héroes, él no habría acabado su auténtica segunda parte, que apareció sólo un año antes de su muerte y cuya construcción llevaba años abandonada.

Y, entonces, este inapreciable regalo se lo deberíamos al llamado Avellaneda.

Pero hay otra posibilidad: la de que Cervantes la tuviese terminada cuando llega a su conocimiento que ya anda circulando esa versión que todo lo adultera. Esto, sin duda, le habría llevado a introducir en el capítulo 59 la réplica citada y, seguramente, a sustituir los capítulos finales ya escritos para, entre otras cosas, dar muerte al

protagonista y que, como dice, «no pueda hacer nueva salida».

En ese caso, los capítulos reemplazados por otros nuevos serían, sin duda, manuscritos de un valor incalculable.

Pero esta eventualidad no es una mera ocurrencia mía, sino uno de los ejes alrededor de los que gira **'MADRID 1616'**, un libro de **Eloy M. Cebrián** (con el apoyo documental de Francisco Mendoza) que es la continuación de aquél estupendo **'MADRID 1605'** que nos regaló pocos años atrás y al que ya me referí en otro artículo. Dos libros hermanados pero de lectura independiente: no es necesario conocer uno para disfrutar del otro.

Se trata de novelas concebidas para entretener, con sus correspondientes dosis de intriga y aventura, pero que procuran a lectores más exigentes eso que tanto se echa de menos en muchas de esas ficciones pretendidamente históricas: verosimilitud, ideas, profundidad. Y, también, ese exigible depurado conocimiento de la época que permite una recreación exhaustiva y creíble de aquellos escenarios por los que vemos desfilar a gente como Lope de Vega, Góngora, Quevedo, el editor Francisco de Robles y, claro, al propio Cervantes.

En la búsqueda de ese 'Quijote alternativo', cuya última parte sería distinta de la que conocemos, se embarcan esa pareja de detectives literarios que ya nos son familiares desde la entrega anterior: el bibliófilo Erasmo López de Mendoza y su ayudante Pilar Esparza.

Sus pesquisas se desarrollan principalmente en Madrid, pero también en Gran Bretaña, lo que da paso a la sorprendente aparición de William Shakespeare en la novela.

Es sabido que esos dos mayores genios de la literatura universal fueron contemporáneos y murieron por las mismas fechas. Y es casi seguro que el bardo inglés tuvo conocimiento de la obra del autor español, rápidamente traducida al inglés, mientras que resulta improbable que Cervantes supiera de la existencia de sus dramas isabelinos, que no fueron traídos a nuestra lengua hasta mucho más tarde.

Pero, ¿y si no hubiera sido así?

Es otra de las especulaciones que se vierten en esta obra: la posibilidad de que estos enormes escritores hubieran llegado a establecer una relación personal de algún tipo.

Y, al hilo de todo esto, deambulamos tanto por el Madrid actual como por el del Siglo de Oro; por el Londres de nuestro tiempo y el del periodo jacobino correspondiente a los últimos años de la vida de ambos autores.

Tanto la existencia de un 'Quijote alternativo' como la contingencia de esa recíproca relación son dos de los arriesgados pasos que se dan en esta nueva entrega.

Pero nunca será auténtica una literatura que no asuma riesgos, que no intente darle la vuelta a lo generalmente admitido, que no sea como un sueño alevoso y premeditado.

En este libro hay de todo eso. Y merece la pena ir a su encuentro.